

La Cofradía de la Viña y el Vino de Montilla tiene también actividades de foro reducido, encuentros fugaces y queridos, donde la urgencia en compartir lo espontáneo elimina el protocolo medido de las ocasiones más solemnes. “Amica ludos” para atender a iniciativas concretas, que, sumadas, hacen que aquella sociedad vínica sea ágil y productiva, a la par que creativa.

En el caso que nos ocupa, se trata de una sorpresa que Canilla, el escogido por Baco como emisario en Montilla para las bellas artes, propone a Andana. Se trata de un retrato óleo, basado en una fotografía a la que el artista ha incorporado muchos simbolismos, que seguro que sorprenderán de una forma grata a los que aquí nos encontramos. Un espejo artístico e íntimo que ha querido sintetizar la visión personal del amigo, y que servirá a andana de reflejo de la especial comunicación que ambos cofrades mantienen, fruto de la interacción positiva de sus caracteres, que resaltan y hacen atractiva la amistad que se profesan.

E hicimos este acto en el marco incomparable de casa Palop: un monumento superviviente de la tragedia del paso del tiempo, que tras la aparente ruina de sus muros, sigue dando cobijo a la cultura en la más amplia expresión de la palabra. Hoy, Canilla, “pictorem vinum musae”, (pintor de las musas del vino), nos ha mostrado la calidad de su arte en este entorno vínico de nuestra memoria: a salvo de los gritos, la agresividad y la vulgaridad de estos tiempos desafortunados que nos ha tocado vivir.

Tabernas como casa Palop, siempre han sido, como el caso de hoy, refugio de la tertulia junto



con el vino y una eventual tapa. En sus patios empedrados bajo las parras y las yedras, en los reservados, la lagareta y otros rincones de este viejo edificio, se ha quedado prendida una parte de nuestra existencia. Todavía viven en la memoria los recuerdos de las gentes que la llenaron de vida. Sus voces: - ¡Maríaaaa!, ... - ¡va de seguida! El tabernero, Pepe Lara, con su permanente buche de vino que le obligaba a atender a sus clientes por señas. El latonero, que se ventilaba el medio de una sentada,

con el gesto cortado y la mirada compungida, y que, invariablemente, finalizaba imperativamente: ¡llena! O, aquél otro, un poco pasado de rosca, que pedía la vuelta y cuando se le decía que había pagado lo justo, afirmaba con cierta sorna: ¡que me des la vuelta y me pongas mirando para mi casa, que me voy!

En este mágico entorno, nos encontramos los cabales que hemos venido para rellenar una nueva página de la cofradía con el arte de Canilla y a convivir conbebiendo estos caldos que, recién nacidos y llenos de toda la fragancia de la oportunidad, nos ofrecen nuestros cosecheros.

En un día de invierno soleado, ", bajo la "Parra Productiva" de casa Palop, alfombrada en esta estación por los pardos restos de las hojas y pámpanos, tomamos los primeros contactos con el vino, un "vino de tinaja" fragante y refrescante de "Cañada Navarro", acompañado de aquellas tapas primigenias de chorizo, morcilla y cabeza de cerdo del "Malatacao" con la que solíamos enjugar las euforias del vino en nuestras rutas de los lagares. Cuando la calidez del encuentro llegó a todos, Canoa tomó las riendas del acto e hizo una introducción



emotiva de la ocasión, y definió a Canilla como: "... poeta, pintor de Bacos sonrientes, de damas de opulentas formas y de escenas mitológicas, ... que recrea con un lenguaje cargado de metáforas el seno femenino, o la delicada curvatura de la copa", ... dejando que fuese Canilla quien definiese a Andana con el retrato que hasta el momento se encontraba inédito, oculto a las vistas por la bata de Rociador a modo de pantalla improvisada.

Finalizado el introito, estaban Rociador junto a Canilla esperando ver las caras de los asistentes



cuando se despojase el retrato de su telón. Y, efectivamente, una espontánea algarabía de emociones ocupó la escena. Todas las caras y expresiones reflejaban la fidelidad, la elegancia y los simbolismos que acompañaban al retrato. Simbolismos que perfilaban, desde el corazón, la visión de Canilla de su personaje retratado: una visión en la que el maestro quiso, simplificando, nominarlo, generosamente, como "Caballero del Vino". Y lo representó usando el noble frac

con que revistió a Andana y la economía de colores, que centraba la atención del espectador en la figura del modelo, donde predominaban los blancos y los negros (iluminados con rojos y azules). La descripción del personaje se completaba con los simbolismos sutilmente reflejados en una copa amplia, como la que él predica desde siempre, que recoge en su paleta de colores a todos los vinos de Montilla, que son custodiados por el emblema de la Cofradía de la Viña y el Vino de Montilla. De igual modo, el pañuelo, con su pico triangular, representa la "andana" de botas, alias del modelo del retrato. Para finalizar con la descripción, en el gemelo del puño de la camisa, puso de manifiesto la afición de Andana por el flamenco, al que siempre ha unido al mundo del vino y a sus maridajes.

Un encuentro espontáneo que sigue haciendo Cofradía, recogiendo una de las muchas vertientes que la capacidad creativa de sus miembros tiene para expresarse, y que se ha querido que quede patente en esta breve descripción.